

Factores de vulnerabilidad de la clase media: Evidencias para Argentina y México luego de las crisis de los noventa. Lecciones de cara a la nueva crisis internacional *

Gabriela Galassi *

Resumen

La clase media argentina, cuyo ascenso se prolongó durante más de la mitad del siglo pasado, comenzó a mostrar signos de debilidad luego del fin del modelo de industrialización en 1975. Con la crisis del 2001, gran parte de la misma fue arrojada a la pobreza, configurando el grupo de “nuevos pobres”. En México, un proceso similar ocurrió con la crisis del Tequila (1995). Es por ello que puede hipotetizarse que los sectores medios, que tienen un rol fundamental para reducir la polarización, denotan ciertos factores que configuran una situación de vulnerabilidad relativa. En el área de desigualdad social, el concepto de vulnerabilidad, de tipo multidimensional, viene a dar respuesta a las limitaciones del enfoque unidimensional de pobreza, basado en el ingreso. Sin embargo, la consideración de la condición de vulnerabilidad proporciona sólo una imagen parcial en términos de la desigualdad social. Sería conveniente complementar con una visión de la estructura subyacente a la sociedad en cuestión. En este artículo se propone entonces combinar ambas miradas (la de vulnerabilidad social y la del análisis de clase), subyaciendo teóricamente una “matriz vulnerabilidad - clases sociales”. El análisis es realizado a partir de encuestas de hogares de Argentina para 1998 y 2003 y México, 1994 y 1996.

Palabras-clave: clase media, vulnerabilidad, crisis, perfil demográfico, económico y cultural.

* Trabajo presentado en el IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en La Habana, Cuba, del 16 al 19 de Noviembre de 2010.

* CEA-CONICET (UNC); Departamento de Economía y Finanzas -FCE (UNC)-; e-mail: gabygalassi0502@gmail.com.

Factores de vulnerabilidad de la clase media: Evidencias para Argentina y México luego de las crisis de los noventa. Lecciones de cara a la nueva crisis internacional *

Gabriela Galassi *

Introducción

La temática del empobrecimiento de la clase media ha cobrado interés en la región de América Latina dado que, en líneas generales, la década del noventa evidenció una profunda concentración de ingresos en detrimento de la clase en cuestión (Hoffman y Centeno, 2003). Los sectores medios de los países de la región fueron afectados por la crisis de la deuda de 1980 y luego por los programas de ajuste estructural, de concentración del ingreso, encarecimiento de los servicios básicos y la pérdida de calidad de aquéllos provistos por el sector público y, muy especialmente, por la modificación del mercado de trabajo en los años noventa. En rigor, este proceso de aumento de la desigualdad al interior de la estructura social no es propio de la región latinoamericana, sino que tuvo una expresión anterior ya en Europa a fines de la década de 1980 (Kessler y Di Virgilio, 2008).

Resulta relevante que, a pesar de la magnitud e importancia del fenómeno de empobrecimiento de la clase media, el mismo aún no ha encontrado un lugar de privilegio aún ni en la agenda académica ni en la pública en América Latina. Este tratamiento se distancia sustancialmente de lo ocurrido en el continente europeo, donde la temática de las clases sociales ha estado vigente ya desde hace larga data. Es por ello que se cree necesario revisar la experiencia al respecto, a fin de comenzar a desentrañar las características de este fenómeno y obtener lecciones a futuro. En este artículo, se abordarán las experiencias de Argentina y México en cuanto a los perfiles configurados en la estructura de clase en las últimas crisis de mayor envergadura en ambos países.

Argentina se diferenció históricamente de otros países de América Latina por la magnitud de sus sectores medios (Minujin y Anguita, 2004; González Bombal y Svampa, 2001; Kessler, 2002). Más aún, la clase media argentina denota una peculiaridad respecto a la del resto de América Latina: el fuerte componente cultural que forma parte de su identidad, con preeminencia sobre los ingresos (Minujin y Anguita, 2004). La clase media argentina, cuyo ascenso se prolongó durante más de la mitad del siglo pasado, comenzó a mostrar signos de debilidad luego del fin del modelo de industrialización en 1975. El nuevo modelo instaurado en el último cuarto de siglo, caracterizado por un repliegue del Estado (que tradicionalmente confería seguridades a la clase media) y un resquebrajamiento del mercado laboral y el sistema educativo, mecanismos de

* Trabajo presentado en el IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en La Habana, Cuba, del 16 al 19 de Noviembre de 2010.

* CEA-CONICET (UNC); Departamento de Economía y Finanzas -FCE (UNC)-; e-mail: gabygalassi0502@gmail.com.

movilidad social por excelencia, resultó en un debilitamiento de los grupos medios. Durante la década de los ochenta, el empobrecimiento operó con la caída del poder adquisitivo del salario por la inflación, mientras que ya en los noventa, el desempleo (que llegó a superar 20% en 2002) melló a los sectores medios. Con la crisis del 2001, gran parte de los mismos fue arrojada a la pobreza, configurando el grupo de “nuevos pobres” (Minujin y otros, 1997; Minujin y Anguita, 2004, Kessler, 2002).

En México, un proceso similar ocurrió con la crisis del Tequila (1995), que fue el desencadenante de un proceso de empobrecimiento de la clase media. A diferencia de Argentina, el empobrecimiento fue causado por una expansión de la informalidad y la precariedad del empleo (con salarios bajos) más que por un aumento del desempleo (durante los noventa, las tasas de desempleo fueron relativamente bajas). Además, se dio un proceso de polarización de ingresos derivado del aumento del salario real de algunas categorías (directivos y trabajadores en servicios semi-calificados) en detrimento del resto (Kessler y Di Virgilio, 2008).

Cabe destacar que en el país azteca, al igual que en Argentina, en los ochenta se habían producido una serie de ajustes estructurales tendientes a fortalecer el rol del mercado en detrimento del Estado. Los ajustes derivaron en una expansión de la informalidad laboral y una caída en el poder adquisitivo del salario que, sumadas a un criterio de eficiencia, derivó en una profundización de la concentración del ingreso (CASA, 2001). Luego de una abrupta devaluación del peso en diciembre de 1994 (generado por un quebranto global debido a la fuga masiva de capitales) y una batería de ajustes estructurales, la economía mexicana entró en la más grave contracción desde la Gran Depresión. La clase media se vio duramente afectada por estas medidas, aunque algunos estudios dieron a conocer que el impacto financiero de corto plazo recayó principalmente sobre los estratos más altos (Gilbert, 1995). Se precipitó un proceso de empobrecimiento que ya venía gestándose con las crisis de la década de los ochenta. Además, aumentó la desigualdad de oportunidades y disminuyeron las posibilidades de movilidad social, especialmente en las clases más bajas. Se combinó un incremento de la desigualdad con un deterioro de los mecanismos de movilidad habituales: el sistema de movilidad ocupacional se hizo más rígido, y la educación perdió su rol como protección contra la movilidad descendente. La crisis afectó a la clase media por dos vías. Por un lado, los efectos negativos recayeron con mayor intensidad en las actividades agropecuarias, hecho que no sólo derivó en un incremento de la pobreza y el desempleo, sino que golpeó la misma base de la clase media tradicional. También incidió en el empobrecimiento la concentración del gasto público en la capital con un elevado endeudamiento, que dejó sin crédito a las demás regiones. Esto, sumado a la regresividad del gasto público (mayormente destinado a obras ejecutados por capitales extranjeros) derivó en un debilitamiento de las pequeñas y medianas empresas mexicanas, otra de las principales fuentes de ingreso de la clase media mexicana (además de las actividades agrícolas) (Camberos, 2009).

La importancia de la clase media consiste en su rol protagónico en los procesos de desarrollo, evidenciado durante todo el siglo XX en América Latina y con anterioridad en los países europeos y Estados Unidos. Esta clase representa un colchón entre la clase alta y la clase obrera, por lo que su magnitud y perfil son determinantes del grado de polarización de una sociedad (cuanto más amplia y fuerte es la clase media, menos polarizada es una sociedad). De aquí que la posibilidad de su desaparición (no en términos cuantitativos sino en cuanto a su identidad) plantea serios riesgos a las posibilidades de desarrollo a futuro.

En vista de que las crisis se han vuelto un fenómeno recurrente en la mayoría de los países de América Latina, es importante conocer su efecto sobre la estructura social, especialmente, en la clase media, que se ha mostrado propensa a experimentar una movilidad descendente con los shocks externos de las últimas décadas. El mayor riesgo está en la pérdida de identidad (en términos de cambio de perfil) de la clase media, que puede traducirse en su desaparición a futuro. Se necesitan intervenciones focalizadas en fortalecer las herramientas que tiene la clase media para preservar su bienestar, y atacar sus debilidades de modo que los integrantes de dicha clase puedan evitar la experiencia de empobrecimiento. Pero para ello, es necesario conocer las características de los sectores medios y los posibles factores que los hacen propensos a sufrir una movilidad descendente.

El objetivo de este trabajo es analizar el punto de partida y el de llegada del perfil de las clases sociales en dos experiencias de crisis latinoamericanas (Tequila en México y 2001 en Argentina), a fin de explorar la hipótesis de que los sectores medios denotan ciertos factores que configuran una situación de vulnerabilidad relativa. Es decir, más allá de los consabidos efectos adversos de un shock macroeconómico sobre toda la población, la clase media posee algunas características que representan debilidades para la misma, es decir, aquéllas cuestiones que la acercan a la clase obrera. Resultados previos para Argentina sobre la base del Censo 2001 (Galassi, 2010b) muestran que, entre los elementos que generan un mayor riesgo para la clase media (comparado con la clase alta), se encuentran un envejecimiento incipiente, un mayor tamaño del hogar, una proporción de hogares de tipo extendido más elevada, alta fecundidad juvenil, baja proporción de hogares con ambos cónyuges ocupados, y nivel educativo escaso. También se observó que en cuanto al patrón de nupcialidad, buena calidad de vivienda, baja proporción de inmigrantes, tenencia de activos materiales e incidencia del empleo formal, la clase media se aleja de la obrera y se acerca a la alta. En este trabajo se pretende indagar en los factores de tipo demográfico, económico y cultural que hacen a esta situación, empleando encuestas de hogares de Argentina (EPH) para 1998 y 2003 y de México (ENIGH) para 1994 y 1996, a fin de obtener lecciones a partir del panorama luego de la última ola de crisis en América Latina.

En la sección siguiente, se revisan los principales rasgos de las líneas teóricas de vulnerabilidad y clases sociales, que son los enfoques con los cuales se explorará el perfil de las clases sociales, con especial énfasis en la clase media, a fin de identificar posibles factores que le confieran una mayor propensión a desarrollar movilidad social descendente. Luego, se efectúa una descripción de la estructura social en un punto previo y uno posterior a la crisis del 2001 en Argentina y del Tequila en México. Se exploran los factores demográficos, económicos y culturales de cada clase de manera comparativa en el tiempo. Para ello, previamente se propone una metodología para construir los mapas de clase a partir de las encuestas de hogares de cada país. Finalmente, se extraen algunas conclusiones acerca del análisis efectuado.

Consideraciones teóricas

Este estudio se enmarca en la temática de desigualdad social, en la línea de los estudios de vulnerabilidad social y de análisis de clase. La desigualdad social es una temática fundamental en América Latina, que es uno de los continentes donde se observan las mayores inequidades. Es infaltable la temática en la agenda de investigación y propuesta política de la región.

En el área de desigualdad social, el concepto de vulnerabilidad, de tipo multidimensional, viene a dar respuesta a las limitaciones del enfoque unidimensional de pobreza, basado en el ingreso. Sin embargo, la consideración de la condición de vulnerabilidad proporciona sólo una imagen parcial en términos de la desigualdad social. Resulta conveniente complementar con una visión de la estructura subyacente a la sociedad en cuestión. Los individuos de una sociedad detentan diferentes grados de vulnerabilidad (rasgo individual) según su posición relativa en la estructura social (rasgo relacional o relativo al resto de los individuos en la sociedad). En este artículo se propone entonces combinar ambas miradas (la de vulnerabilidad social y la del análisis de clase), subyaciendo teóricamente una “matriz vulnerabilidad - clases sociales” (Galassi, 2010a). Como ambos enfoques se encuentran en la rama de la desigualdad social, cada uno da cuenta de distintas cuestiones acerca del fenómeno multidimensional de la situación social de individuos y hogares.

Estructura de clases

Los autores que han efectuado análisis de clase se han inclinado por un criterio en base a elementos socioeconómicos argumentando que es la única forma de alcanzar un enfoque empírico y cuantitativo (y no simplemente valórico y normativo). Susana Torrado (1992, 2007) es una investigadora argentina inscripta en esta línea argumental, que ha desarrollado una metodología de estratificación social en base a atributos económicos u ocupacionales proporcionados por los censos de población. Debido a que los trabajos de Torrado están situados en Argentina en el siglo XX, y su metodología es propicia para la aplicación a censos y encuestas, en este análisis será empleado su enfoque, pero adaptándolo para el período bajo estudio y las fuentes de datos disponibles. A continuación, se procede a efectuar una revisión del enfoque de Torrado a fin de poder retomarlo luego, pero con las modificaciones pertinentes.

Los principales conceptos del análisis de Torrado

La metodología de estratificación propuesta por Torrado está inscripta en el enfoque marxista (Sémblér, 2006), siendo las clases sociales identificadas a partir del concepto de división social del trabajo. Torrado reconoce la existencia de relaciones de explotación (“relaciones de producción determinantes”). Por otra parte, en torno a la propiedad, la posesión, el control técnico y la detentación, se articulan “relaciones de producción determinadas”, a partir de las cuales es posible identificar a las clases sociales.

A fin de ordenar a los individuos en clases sociales, es necesario identificar a los “agentes sociales”, portadores de los procesos sociales en una sociedad. La estratificación consiste en analizar la distribución de los mismos según sus prácticas económicas, mediante un estudio de las formas de la “división social del trabajo” en la sociedad de acuerdo a las “relaciones de producción”. Más específicamente, estas últimas se refieren a la distribución de los agentes sociales en posiciones en base a su control del proceso de producción, determinado por la posesión de los medios de producción. Es así que las relaciones de producción constituyen el criterio para la delimitación de subconjuntos de agentes sociales que ocupan una posición social análoga, las llamadas “clases sociales”. Sin embargo, los únicos agentes inmersos en la división del trabajo son aquéllos que se hallan dentro de la Población Económicamente Activa (PEA). Para definir la posición que ocupan los individuos fuera de la PEA, se usa el criterio de las relaciones de distribución, donde la población inactiva tiene participación indirecta, a través de su

consumo. El vínculo entre ambos grupos (activos e inactivos) y, por ende, entre las relaciones de producción y distribución, se establece mediante las transferencias de ingresos que hacen los individuos activos, en el seno de la familia. Es decir que la estratificación opera, en una primera instancia, a nivel de los individuos de la PEA, generalmente jefes de hogar, y luego se define la posición de los agentes inactivos en base a su pertenencia a una familia determinada.

Dentro del esquema de clase de Torrado, los sectores medios (Sémblér, 2006) comparten la frontera tanto con la burguesía (pasando a llamarse “pequeña burguesía propietaria”, e incluyendo vendedores-propietarios, trabajadores independientes, trabajadores en industrias familiares, etc.) como con la clase obrera (“clase obrera semiproletariado”, dentro de la cual se agrupan los agentes comerciales y empleados de oficina, entre otros), e incorporan a un grupo de agentes ideológicos (profesores) o políticos (funcionarios del Estado).

Vulnerabilidad social

Dentro del discurso intelectual y gubernamental de América Latina, desde hace ya varias décadas, se encuentra presente el término de “vulnerabilidad”. Sin embargo, no se observa gran precisión conceptual cuando se hace referencia a la vulnerabilidad social y la mayoría de las veces se la confunde con pobreza. Los estudios en torno a la vulnerabilidad social cobraron importancia a mediados de los noventa, como respuesta de los desarrollos teóricos frente a las nuevas formas de desigualdad social derivadas de la inestabilidad económica de los países en vías de desarrollo, y del avance de la globalización (González, 2010).

El enfoque de vulnerabilidad, se halla inmerso en una serie de nuevos abordajes de naturaleza dinámica y multidimensional. La insatisfacción analítica con el uso de la noción de pobreza (y su medición basada en los ingresos del hogar) para identificar situaciones sociales desmedradas y orientar las políticas sociales ha sido, el principal estímulo para el desarrollo de los enfoques de vulnerabilidad (Arriagada, 2005; Pizarro, 2001). Sin embargo, la limitación del concepto de pobreza no atañe únicamente al plano teórico y empírico, sino que trasciende hacia el político, siendo este hecho su mayor riesgo, ya que conduce a políticas destinadas simplemente a transferir ingresos para “sacar” a los hogares de la pobreza lo cual, si bien puede dar resultado a corto plazo, de ninguna manera es la solución a largo plazo (CEPAL, 2002; Pizarro, 2001).

Moreno Crossley (2008) identifica dos líneas en los planteos acerca de la vulnerabilidad: en primer lugar, se hallan las concepciones que hacen referencia a la fragilidad, precariedad, indefensión o incertidumbre en función a las características propias de la situación de los individuos (u hogares, comunidades, etc.); la otra perspectiva tiene como eje a la noción de riesgo, cuyo efecto sobre las unidades les genera una situación desfavorecida o de vulnerabilidad. La diferencia entre estas dos líneas consiste en que en la primera se pone énfasis en la distribución de atributos y bienes materiales o simbólicos, mientras que en la segunda se introduce explícitamente la noción de riesgo. La mayoría de los trabajos de los organismos internacionales (Organización de las Naciones Unidas, Organización Internacional del Trabajo y CEPAL) y de autores como Kaztman se encuentran en la primera línea (González, 2010). El trabajo aquí propuesto también está enmarcado en esta concepción, dado que se pretende analizar el perfil de un grupo social y las posibles implicancias del mismo sobre las respuestas ante un shock externo como una crisis socio-económica.

La postura más relevante en este tema en América Latina es la de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), que en un documento elaborado por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) expuso su doctrina en cuanto al tópico de la vulnerabilidad desde una perspectiva sociodemográfica, considerándola más un enfoque analítico que una categoría conceptual. El concepto de vulnerabilidad entraña multiplicidad de dimensiones, entre las cuales las más importantes son la económica, la demográfica y la social (aunque las últimas interactúan de tal manera de que se habla de vulnerabilidad sociodemográfica), que configuran los perfiles de riesgo sociodemográfico relevantes para comunidades, hogares y personas.

La vulnerabilidad involucra simultáneamente un evento potencialmente adverso (un riesgo, exógeno o endógeno), una incapacidad de respuesta y una inhabilidad de adaptación al nuevo escenario (CEPAL, 2002). CEPAL reconoce tres usos principales de la noción de vulnerabilidad: (1) grupos en “riesgo social” (individuos con un sesgo hacia el desarrollo de conductas anómicas, padecimiento de un daño por acción u omisión de terceros o falta de buen desenvolvimiento en aspectos que hacen a la integración social, producido por factores externos); (2) grupos cuyos integrantes presentan una conducta con rasgos comunes que los hacen propensos a sufrir daños; (3) grupos que comparten características básicas que pueden generar problemas similares (edad, sexo, condición étnica, localización territorial), útil a la hora de identificar poblaciones destinatarias de políticas sociales. Este último criterio es aplicable a grupos sociales del tipo de la clase media ya que su propia configuración como clase social determina que los individuos que pertenecen a esta clase comparten ciertos rasgos que los hacen propensos a experimentar un destino común.

Como antecedente al enfoque de CEPAL, y a otros afines, se halla el “enfoque de vulnerabilidad de activos” de Caroline Moser (Moser y Felton, 2007), cuyo foco está puesto sobre las estrategias de los hogares pobres para enfrentar la crisis. El concepto central del enfoque es el de activos, superador del ingreso y el gasto como indicadores de la situación de los hogares dado que arroja una imagen más completa de los estándares de vida de largo plazo porque han sido acumulados a través del tiempo y tienen mayor duración. Esta idea de activos en el centro de la conceptualización de la vulnerabilidad es sostenida por otros autores (Rodríguez Vignoli, 2000). Una de las ventajas del tratamiento de la vulnerabilidad a partir de un enfoque de activos es que posibilita contar con algunos elementos susceptibles de medición a la hora de determinar la condición de vulnerabilidad de determinado colectivo. Es por ello que este trabajo se enmarca en dicha línea.

Rubén Kaztman (Kaztman coord., 1999; Kaztman, 2000; Kaztman y Filgueira, 2006), por su parte, toma la concepción de los activos como determinantes de la condición de vulnerabilidad, aunque le adiciona el concepto de estructuras de oportunidades (Estado, mercado y comunidad), que determinan las probabilidades de acceso a bienes, servicios o actividades que inciden sobre el bienestar.

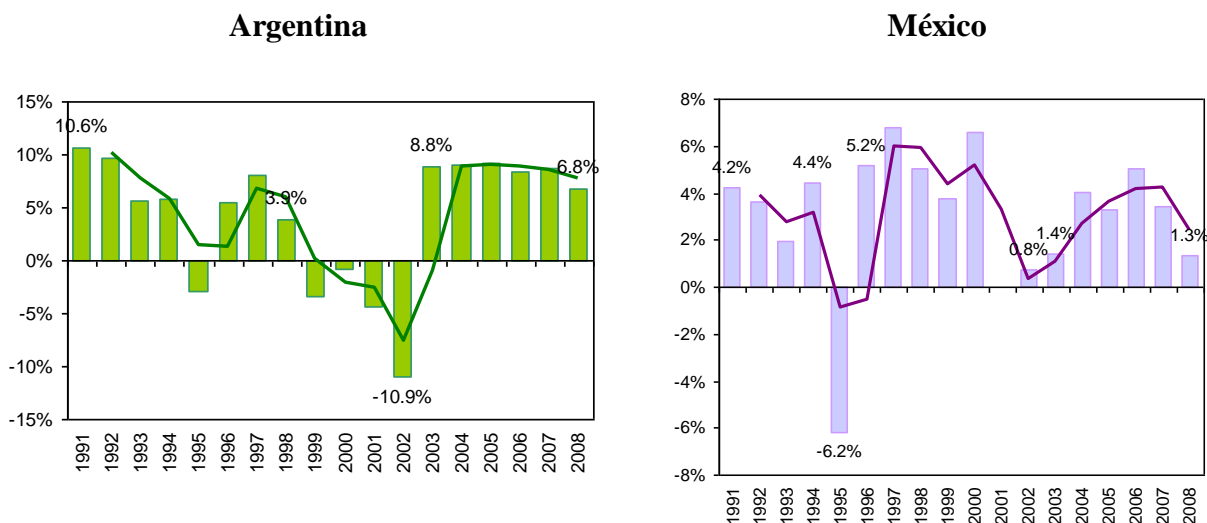
En base a todas estas corrientes acerca de la vulnerabilidad social, se podría pensar a la misma como una situación que surge de la combinación de factores o recursos observables de carácter económico (capital físico, humano o social), demográfico (estructura de la población por sexo y edad, patrones de fecundidad, mortalidad, migración, nupcialidad) y sociales (principalmente, culturales). Dichos factores, combinados con la estructura de oportunidades que ofrece el

entorno, harían que los individuos se hallasen en incapacidad para dar una respuesta a determinada situación contingente que, de materializarse, los empujaría hacia abajo en la escala social.

Resultados

Con el objetivo de analizar el perfil de la clase media en torno a los procesos de crisis macroeconómicas de Argentina en 2001 y México en 1995, se debió en primer lugar escoger el periodo a analizar. En vista de la naturaleza estática y comparativa de este análisis, en cada caso se tomó el último año de crecimiento real positivo previo a la crisis, y el primero posterior. En el caso de Argentina, esto llevó a tomar a 1998 y 2003, y en el de México, 1994 y 1996.

Gráfico 1: Tasa de variación del PIB a valores constantes



Fuente: Elaboración propia en base a datos de CEPAL.

A fin de abordar la temática que atañe a este trabajo, es necesario elaborar primero un mapa de clases tanto para la Argentina como para México en los periodos elegidos, y luego pasar a observar el perfil de las clases, haciendo especial énfasis en la clase media. El análisis es efectuado a partir de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) de Argentina, relevada por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), y la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de México, del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).

La Encuesta Permanente de Hogares (EPH) es un programa nacional de producción sistemática y permanente de indicadores sociales. El objetivo principal de esta encuesta consiste en conocer y caracterizar a la población desde la perspectiva de su inserción socio-económica, a través de información a nivel de individuos y de hogares, núcleos básicos de convivencia en donde los individuos se asocian según su lugar en la estructura social. Una limitación de la EPH consiste en que es relevada en los principales aglomerados urbanos del país únicamente, excluyendo las áreas rurales. Además, el relevamiento es en la modalidad de encuesta, y no censal. Sin embargo, a fin de permitir la expansión de la muestra a la población cubierta con la encuesta, el INDEC proporciona ponderadores, que emplean como variable auxiliar las proyecciones demográficas de

población elaboradas por el INDEC para dichos aglomerados. La Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de México está dirigida a proporcionar un panorama estadístico del comportamiento de los ingresos y gastos de los hogares en cuanto a su monto, procedencia y distribución; adicionalmente ofrece información sobre las características ocupacionales y sociodemográficas de los integrantes del hogar, así como cuestiones atinentes a la infraestructura de la vivienda y el equipamiento del hogar. Al igual que en el caso de la EPH, los microdatos incluyen variables tanto a nivel de individuos como de hogares, además de proporcionar un ponderador para expandir la muestra a la población total. Debido a la información que proveen las encuestas de hogares, que incluyen datos de la inserción laboral de los individuos y sus características socio-económicas, las mismas son idóneas para efectuar un análisis de desigualdad.

Comparación de la estructura de clases de Argentina y México y su evolución en las últimas crisis económicas

Con el objetivos de obtener un mapa de clases para Argentina y México para los años en torno a las crisis económicas, tal que sean comparables, se adaptó la metodología de Torrado (1992) a las fuentes de datos escogidas. Para la construcción de las clases sociales tradicionales (alta, media y obrera) se emplean las variables de las encuestas de hogares relativas a la inserción en el mercado laboral, definiendo una serie de grupos ocupacionales que luego pasan a conformar las clases sociales. Las variables a través de las cuales se hace esta clasificación son:

- La *condición de actividad* delimita el universo sobre el cual es factible determinar la posición dentro de la estructura social. En Argentina se cuenta con información de ocupados o desocupados con experiencia previa, mientras que en México no se tiene información de inserción laboral previa de desocupados, y se emplean únicamente datos de ocupados. Sin embargo, pueden distinguirse aquéllos que trabajaron en el mes anterior al relevamiento, y los que no lo hicieron, por diversos motivos.
- La *ocupación* en Argentina permite distinguir jerarquía (director, jefe y trabajador) y calificación en la ocupación (profesional, técnica, operativa y no calificada). En México, para los años bajo análisis, la variable de ocupación no permite analizar las dos antedichas dimensiones, por lo que fue agrupada según afinidad de las categorías que las componen a fin de obtener un número manejable de posiciones.
- La *categoría ocupacional* en ambos países se distingue entre patrones, asalariados, cuentapropistas y trabajadores sin remuneración.
- El *sector de actividad* está definido por la pertenencia al sector privado o al sector público.
- El *tamaño del establecimiento* permite distinguir entre los empleadores y asalariados del sector privado, según desempeñen sus tareas en establecimientos constituidos por cinco personas o menos (Sector Microempresarial), o de más de cinco personas (Sector Empresarial). En el caso de México, la fuente de datos permite únicamente distinguir estos sectores a nivel de los asalariados, y no de los patrones (como sí ocurre en Argentina).

Las categorías socio-ocupacionales fueron construidas empleando como unidad de análisis al hogar. La posición del mismo en la estructura social está determinada bajo este planteo por la inserción laboral del jefe de hogar, es decir, su ubicación en las relaciones de producción. El supuesto consiste en que el resto de los miembros del hogar comparten su posición debido a las relaciones de distribución. Este criterio es más inclusivo que otro donde los individuos fueran la unidad de análisis. Esto es así dado que, en el caso de Argentina, la población activa (sobre la cual sería posible aplicar el criterio de estratificación) ascendía a cerca del 43% tanto en 1998 como en 2003, mientras que los hogares con jefe activo constituían más del 70% del total. En el caso de México, mientras menos de 40% de los individuos se encontraban ocupados, 85% de los hogares tenían un líder en el mercado laboral.

En base a las variables anteriormente comentadas, fue posible dividir a los hogares de acuerdo a la posición de su jefe de hogar en once categorías (incluyendo una residual, “sin especificar”), que se definen a continuación de acuerdo a su delimitación empírica. Para ello, se adaptó la propuesta de Susana Torrado (1992). En los cuadros 1 y 2 se muestran para Argentina y México respectivamente cómo han sido formados los grupos (en las celdas están los números consignados en cada uno).

- 1) Directores de empresas
- 2) Profesionales en función específica
- 3) Propietarios de pequeñas empresas
- 4) Cuadros técnicos y asimilados
- 5) Pequeños productores autónomos
- 6) Empleados administrativos y vendedores
- 7) Trabajadores especializados autónomos
- 8) Obreros calificados
- 9) Obreros no calificados
- 10) Peones autónomos
- 11) Sin especificar: Es una categoría residual que incluye a todos los hogares cuyo jefe no pudo ser clasificado en ninguno de los grupos anteriores por falta de información en una o más variables².

² Dentro de este grupo, en Argentina están incluidos los jefes de hogar desocupados que no han tenido experiencia laboral previa. En el total de la población activa, estos casos representan 0% en 1998 y 0,4% en 2003.

Cuadro 1: Definición de categorías socio-ocupacionales en Argentina

Directores

<i>Categorías socio-ocupacionales</i>	Patrón		Asalariado			Cuenta propia	Trabajador familiar sin sueldo
	Sector Privado		Sector Privado		Sector Público		
	Más de 5 ocupados	Hasta 5 ocupados	Más de 5 ocupados	Hasta 5 ocupados			
Profesional	1	2	1	2	1	2	1
Técnica	1	3	1	3	1	5	1
Operativa	1	3	1	3	1	5	1
No calificada	1	3	1	3	1	5	1
Sin información	11	11	11	11	11	11	11

Jefes

<i>Categorías socio-ocupacionales</i>	Patrón		Asalariado			Cuenta propia	Trabajador familiar sin sueldo
	Sector Privado		Sector Privado		Sector Público		
	Más de 5 ocupados	Hasta 5 ocupados	Más de 5 ocupados	Hasta 5 ocupados			
Profesional	1	2	1	2	1	2	2
Técnica	4	3	4	4	4	5	4
Operativa	4	3	4	4	4	5	4
No calificada	4	3	4	4	4	5	4
Sin información	11	11	11	11	11	11	11

Trabajadores

<i>Categorías socio-ocupacionales</i>	Patrón		Asalariado			Cuenta propia	Trabajador familiar sin sueldo
	Sector Privado		Sector Privado		Sector Público		
	Más de 5 ocupados	Hasta 5 ocupados	Más de 5 ocupados	Hasta 5 ocupados			
Profesional	1	2	2	2	2	2	2
Técnica	3	5	6	6	6	7	6
Operativa	3	5	6	8	6	7	8
No calificada	3	5	6	9	6	10	9
Sin información	11	11	11	11	11	11	11

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro 2: Definición de categorías socio-ocupacionales en México

	Patrón		Asalariado		Cuenta propia	Trabajadores sin retribución o miembros de cooperativas
	Más de 5 ocupados	Hasta 5 ocupados	Sector Privado	Sector Público		
Directores	1	3	1	1	5	1
Jefes y supervisores	1	3	4	4	5	4
Profesionales	1	2	2	2	2	2
Técnicos y docentes	3	3	4	4	5	4
Empleados y vendedores	3	3	6	6	7	6
Trabajadores especializados	7	7	8	8	7	8
Trabajadores no especializados	10	10	9	9	10	9
Empleados domésticos	10	10	9	9	10	9
Sin especificar	11	11	11	11	11	11

Fuente: Elaboración propia.

A partir de los grupos ocupacionales anteriormente definidos, es posible construir un mapa de clases para cada país en cada año, del modo que sigue (la información corresponde a los jefes de hogar, y se excluye a aquéllos para los cuales no se cuenta con datos necesarios para que sean clasificados):

Cuadro 3: Estructura de clases pre y post crisis en Argentina y México (Hogares)

Estrato	PEA Argentina			Ocupados México		
	1998	2003	Dif. puntos porcent.	1994	1996	Dif. puntos porcent.
CLASE ALTA	1.8%	1.3%	-0.5	2.6%	2.8%	0.2
Directores de empresa	1.8%	1.3%	-0.5	2.6%	2.8%	0.2
CLASE MEDIA	46.4%	45.5%	-0.8	32.7%	33.2%	0.5
<i>Estrato Autónomo</i>	<i>19.2%</i>	<i>18.3%</i>	<i>-0.9</i>	<i>4.4%</i>	<i>5.5%</i>	<i>1.1</i>
Profesionales en Función Específica	9.9%	10.5%	0.5	0.8%	0.9%	0.2
Propietarios de Pequeñas Empresas	8.5%	7.6%	-0.9	2.9%	3.9%	1.0
Pequeños Productores Autónomos	0.8%	0.2%	-0.5	0.8%	0.6%	-0.1
<i>Estrato Asalariado</i>	<i>80.8%</i>	<i>81.7%</i>	<i>0.9</i>	<i>28.3%</i>	<i>27.7%</i>	<i>-0.6</i>
Profesionales en Función Específica	9.8%	9.4%	-0.3	1.9%	1.7%	-0.2
Cuadros Técnicos y Asimilados	7.0%	5.3%	-1.7	9.7%	9.7%	0.0
Empleados Administrativos y Vendedores	64.0%	67.0%	3.0	16.7%	16.3%	-0.4
CLASE OBRERA	51.8%	53.1%	1.3	64.7%	64.0%	-0.7
<i>Estrato Autónomo</i>	<i>32.3%</i>	<i>35.6%</i>	<i>3.3</i>	<i>24.9%</i>	<i>24.8%</i>	<i>-0.2</i>
Trabajadores Especializados Autónomos	32.3%	35.6%	3.3	24.9%	24.8%	-0.2
<i>Estrato Asalariado</i>	<i>55.1%</i>	<i>54.0%</i>	<i>-1.0</i>	<i>34.2%</i>	<i>33.7%</i>	<i>-0.5</i>
Obreros Calificados	35.8%	34.5%	-1.4	27.7%	27.0%	-0.7
Obreros No Calificados	19.2%	19.6%	0.3	6.5%	6.7%	0.2
<i>Trabajadores Marginales</i>	<i>12.7%</i>	<i>10.4%</i>	<i>-2.3</i>	<i>5.6%</i>	<i>5.6%</i>	<i>-0.0</i>
Peones Autónomos	12.7%	10.4%	-2.3	5.6%	5.6%	-0.0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH de Argentina y la ENIGH de México.

Tanto en Argentina como en México, la estructura de clases antes y después de las respectivas crisis no parece haber cambiado significativamente. En Argentina, destaca que disminuyó levemente la proporción de hogares de clase alta (0,5 puntos porcentuales) y media (0,8 puntos), y se incrementó la participación de la clase obrera (1,3 puntos). Además, dentro de la clase media, se incrementó la participación del estrato asalariado (cerca de 1 punto) en detrimento de aquél autónomo, mientras que en la clase obrera ocurrió lo contrario (se redujo el grupo de asalariados y trabajadores marginados, incrementándose el estrato autónomo)³. En el caso de México, se observaron pequeños cambios en la dirección contraria: se incrementó la participación de la clase alta y la media (0,2 y 0,5 puntos respectivamente) y disminuyó la de la clase obrera. A su vez, se observó una “desalarización” tanto en la clase media como en la obrera (donde la pérdida de peso fue mayor por parte del estrato asalariado). Cabe destacar que los resultados tanto para Argentina como para México resultan consistentes con los encontrados en otros trabajos respecto a la estructura de clases de ambos países en el periodo considerado (Torrado, 2007; Mora y Araujo, 2002; Martínez Valle, 2009; Camberos, 2009; Gilbert, 2005).

³ El proceso de “desalarización” de la clase obrera en Argentina ha sido puntualizado en investigaciones anteriores (Torrado, 2007; Mora y Araujo, 2002).

Esta aproximación a la estructura social de ambos países en las dos últimas crisis no parecería dar cuenta del proceso de movilidad descendente que se vivió en aquellas circunstancias. Sin embargo, teniendo en cuenta que las modificaciones en la posición ocupacional y en la estructura social resulta un aspecto de largo plazo, mientras que lo que se modifica con las crisis son las respuestas sociales a una misma posición, es menester prestar atención a las modificaciones en el perfil de las clases, más que en su participación en la estructura social. La mayoría de los trabajos que han hecho alusión al empobrecimiento de la clase media en Argentina y México (Minujin y otros, 1992; Kessler, 2002; Minujin y Anguita, 2004; Gilbert, 2005) hacen referencia al cambio en la identidad de las clases, más que el de la estructura social en sí. Es por ello que aquí se propone revisar el perfil demográfico, económico y cultural, antes y después de la crisis. El análisis es exploratorio, observando la distribución de la población en variables clave de cada uno de los ámbitos indagados.

Perfil demográfico

Los cambios demográficos de largo plazo que tienen mayor peso en las condiciones de vida de los individuos (CEPAL, 2002) son la transición demográfica (descenso sostenido de la natalidad y la mortalidad, que reduce el crecimiento de la población y la envejecen, aumentando la tasa de dependencia de los hogares), la transición urbana (incremento sostenido de la proporción urbana de la población y del peso de los movimientos migratorios entre y dentro de las ciudades) y la segunda transición demográfica (postergación de las iniciaciones nupcial y reproductiva, y pérdida de formalidad y aumento de la fragilidad de la institución matrimonial). Estos procesos configuran los perfiles de riesgo sociodemográfico relevantes para comunidades, hogares y personas. Además, dentro de la población en general, se sabe que las personas de edad avanzada y las mujeres conforman un grupo vulnerable, que los conduce a situaciones de desprotección. Las mujeres suelen asumir el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos, trabajo que insume tiempo y por el cual no perciben ingreso monetario. Con respecto a los adultos mayores, al ser en su mayoría jubilados o pensionados, se hallan excluidos del mercado laboral y con ingresos menores a los percibidos durante su vida activa. Es así que una primera aproximación al perfil demográfico de las clases sociales está dada por la estructura de la población por sexo y edad.

Las pirámides de población de la clase media en Argentina muestran un faltante de población en las edades desde el grupo de 20-24 años hasta 35-39 años, y la brecha se profundiza cuando se observa 2003. Esto podría estar indicando que tanto en la clase obrera como en la media, la migración es una de las estrategias de los hogares. Resulta relevante que los grupos poblacionales en cuestión corresponden a la población en edad económicamente activa, derivando en un incremento de la dependencia demográfica y, por ende, se trata de un aspecto de vulnerabilidad. Por otra parte, la estructura de la clase media es más rectangular (envejecida) que la de la clase obrera, con una base más angosta (menor proporción de personas hasta 14 años), y menos rectangular que aquélla de la clase alta, cuya base es aún más angosta. Resulta interesante que la estructura por grandes grupos de edad, a pesar de presentar diferencias significativas entre clases, su cambio en el tiempo no mostró ser significativo⁴. Con respecto a la composición de la población por sexo, la misma no varía significativamente ni entre clases sociales ni en el tiempo.

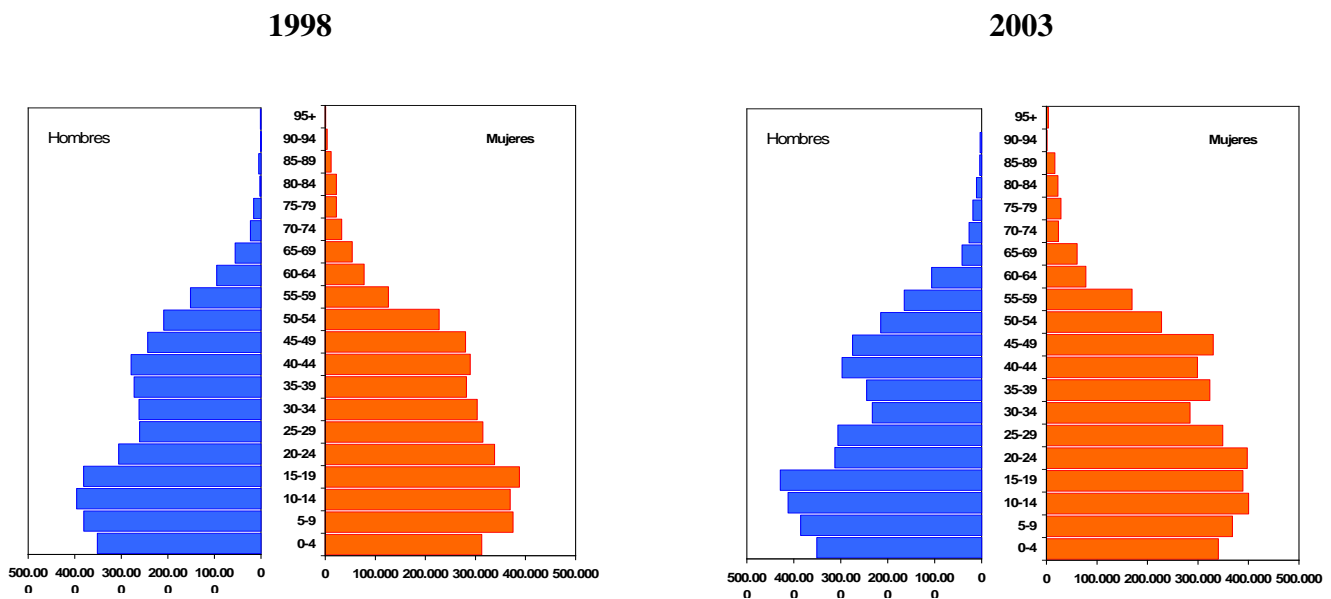
⁴ Por una cuestión de espacio, se omiten los resultados de las estimaciones por intervalos (a un nivel de confianza de 95%), sobre los cuales se realizan los comentarios a lo largo del trabajo.

La permanencia entre las dos observaciones de la estructura por edad y sexo de la población es natural debido a que se trata de características estructurales.

En las pirámides de México también podría verse el impacto del fenómeno migratorio entre 1994 y 1996, dado que en este último año se evidencia una hendidura mayor para el grupo de 15 a 25 años, y el hecho de que se produce en ambos sexos (mientras que en 1994 se trataba de un fenómeno eminentemente masculino).

Cabe rescatar entonces que, además de que la población de la clase media denota un envejecimiento intermedio (entre la alta y la baja), resulta interesante el fenómeno de la migración en edades activas. La comunidad académica de América Latina ya ha mostrado su preocupación respecto a la problemática de la emigración de jóvenes profesionales en América Latina, especialmente en épocas de recesión económica (Didou Aupetit, 2008).

Gráfico 2: Estructura de la población de clase media en Argentina en 1998 y 2003



Fuente: Elaboración propia sobre la base de las EPH.

Con respecto al tamaño del hogar, el mismo no cambia significativamente entre ambos periodos bajo análisis en ninguno de los dos países. Además, destaca que el tamaño no difiere entre la clase alta y la media, aunque sí lo hace entre esta última y la obrera, en la cual es significativamente mayor.

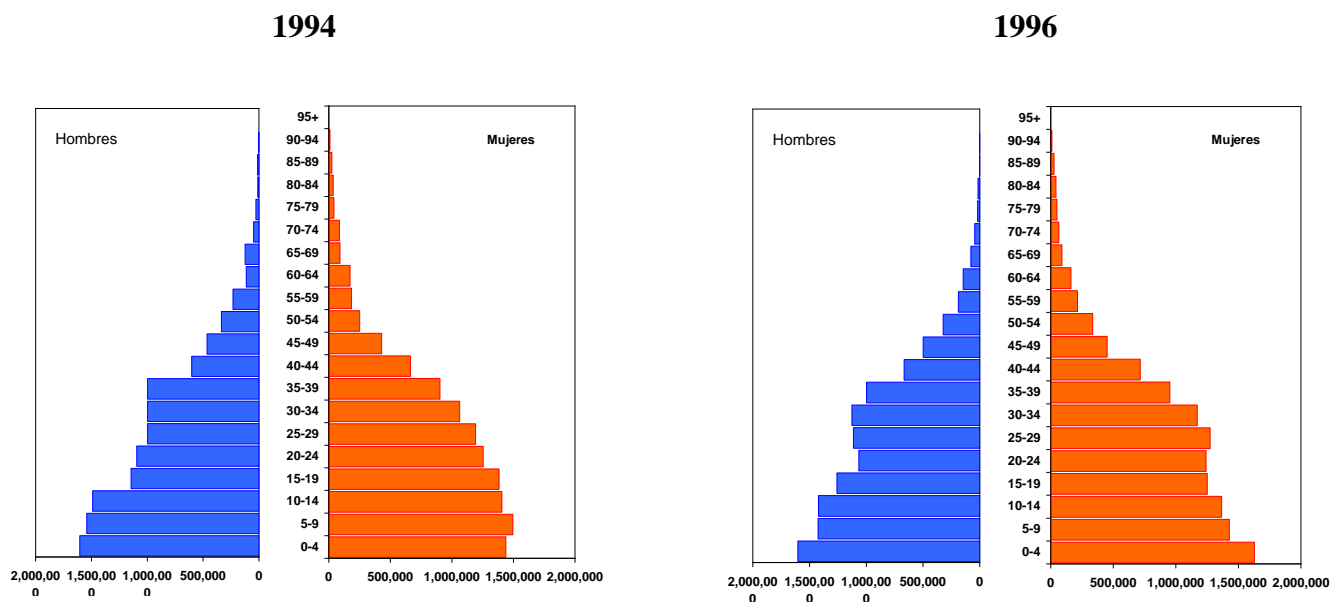
En cuanto al tipo de hogar, tanto en la clase media mexicana como en la argentina aumenta la proporción de hogares nucleares monoparentales, en detrimento de los hogares nucleares y los extendidos. Esto parecería indicar un desmembramiento de los hogares. También destaca en Argentina un incremento del peso de los hogares unipersonales de la clase alta, y una caída de los extendidos en la obrera. La clase alta mexicana muestra una tendencia hacia el aumento de los hogares nucleares monoparentales, mientras que en la obrera es en donde se observan los menores cambios. Destaca en México que la estructura de los hogares por tipo de la clase media

no presenta diferencias estadísticamente significativas respecto a la observada en la clase alta, mientras que se distancia de la clase obrera. En Argentina, la distancia entre el tipo de hogar de clase media se acerca al de clase alta en 2003. En ambos países se incrementa la proporción de hogares liderados por mujeres en todos los grupos sociales, a excepción de la clase alta argentina.

En cuanto al estado conyugal, sólo se tiene datos para ambos años en Argentina, mientras que en México la fuente de datos limita la información a 1996. En primer lugar, se observa una mayor tendencia a la unión entre los varones de ambos países. Sin embargo, cabe destacar que la proporción de individuos en pareja es más alta en la clase media mexicana que en el resto de las clases, lo que no ocurre en Argentina, donde el guarismo de dicha clase es muy cercano al de la obrera (pasó de no ser significativamente diferente a la proporción observada en la clase alta en 1998, a no diferenciarse de aquélla de la clase obrera en 2003, reduciéndose).

En lo que a la fecundidad respecta, al no ser las encuestas de hogares propicias para el cálculo de medidas ni directas ni indirectas al respecto, sólo pudo obtenerse un indicador aproximado del fenómeno: el número de niños menores de 5 años cada 1.000 mujeres. El mismo mostraría, en primer lugar, una fecundidad más elevada en México que en Argentina, siendo el indicador de la clase media en ambos países más próximo al de la obrera que al de la alta. Además, el ratio se reduce en Argentina en todas las clases, mientras que en México aumenta para la clase media y se mantiene relativamente constante para los estratos obreros. La proporción de hogares con menores de 14 años, aunque no muestra cambios significativos en ambos países en el tiempo, muestra una relación inversa con respecto a la posición en la escala social. En México, destaca que mientras que en 1994 la proporción de menores de 14 años de la clase media no era significativamente diferente a la de la clase obrera, pasó a estar más cercana a la de la clase alta en 1996.

Gráfico 3: Estructura de la población clase media en México en 1994 y 1996



Fuente: Elaboración propia sobre la base de las ENIGH.

Cuadro 4: Perfil demográfico por clases sociales

Perfil demográfico	Argentina						México					
	Clase alta		Clase media		Clase obrera		Clase alta		Clase media		Clase obrera	
	1998	2003	1998	2003	1998	2003	1994	1996	1994	1996	1994	1996
Estructura por edad												
0-14	22.6%	20.0%	29.0%	28.4%	31.5%	31.2%	29.2%	30.6%	37.5%	36.3%	38.7%	38.5%
15-64	73.8%	77.4%	67.6%	68.3%	65.0%	65.0%	68.3%	66.5%	60.4%	61.9%	57.3%	57.7%
65+	3.6%	2.6%	3.3%	3.3%	3.5%	3.8%	2.5%	2.9%	2.1%	1.8%	4.0%	3.9%
Estructura de sexo												
Varones	51.1%	44.8%	49.1%	48.3%	50.1%	49.2%	48.5%	45.7%	49.4%	49.0%	50.4%	49.8%
Mujeres	48.9%	55.2%	50.9%	51.7%	49.9%	50.8%	51.5%	54.3%	50.6%	51.0%	49.6%	50.2%
Cantidad de miembros del Hogar												
Promedio	3.6	3.5	3.7	3.6	3.9	3.8	4.2	4.2	4.4	4.3	4.8	4.3
% Hog. > promedio	55.2%	47.0%	52.0%	49.5%	54.6%	52.7%	43.8%	39.2%	42.2%	41.8%	50.6%	41.7%
Tipo de Hogar												
Unipersonal	7.6%	15.9%	11.5%	11.7%	10.1%	11.9%	2.8%	1.9%	4.1%	4.1%	6.0%	5.4%
Nuclear	69.9%	66.2%	65.3%	62.2%	63.2%	62.1%	78.7%	74.9%	73.0%	72.1%	63.4%	63.0%
Nuclear monoparental	10.1%	7.6%	9.5%	14.2%	10.2%	11.0%	1.0%	5.2%	4.0%	5.9%	6.5%	7.1%
Extendido	11.2%	10.0%	11.7%	9.5%	15.1%	12.9%	17.2%	14.0%	17.9%	17.0%	23.2%	23.7%
Compuesto	1.3%	0.2%	1.9%	2.4%	1.6%	2.1%	0.3%	3.9%	1.1%	0.8%	0.9%	0.8%
Jefatura												
Masculina	85.7%	89.1%	82.1%	74.7%	82.3%	81.0%	96.1%	94.2%	92.1%	89.5%	87.9%	87.3%
Femenina	14.3%	10.9%	17.9%	25.3%	17.7%	19.0%	3.9%	5.8%	7.9%	10.5%	12.1%	12.7%
Estado conyugal (unido o casado) de mayores de 14 años												
Hombres	93.6%	82.2%	72.5%	74.4%	62.8%	63.0%		67.6%		66.5%		61.9%
Mujeres	60.4%	72.2%	54.2%	55.4%	50.1%	47.0%		56.6%		62.7%		59.8%
Total	81.3%	78.8%	65.1%	65.2%	57.8%	56.9%		61.6%		64.6%		60.8%
Fecundidad												
Relación Niños - Mujer	207	188	302	292	391	353	323	305	442	458	479	477
Hogares con menores de 14 años												
Con 2 o +	23.6%	20.8%	29.0%	27.6%	32.1%	31.2%	35.3%	39.4%	48.4%	45.1%	49.0%	49.1%

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las EPH y las ENIGH.

En suma, se observa una leve tendencia al deterioro de los indicadores demográficos analizados sobre la clase media, mostrando el avance de la transición demográfica, el fenómeno de la “fuga de cerebros”, el debilitamiento de los vínculos conyugales y el incremento de hogares monoparentales y de jefatura femenina. A esto se suma el hecho de que en ciertos aspectos, la clase media se parece más a la obrera que a la alta; por ejemplo, en el patrón de fecundidad.

Perfil económico

Los factores económicos que pueden dar indicios sobre grados de vulnerabilidad incluyen dos aspectos principales: las condiciones materiales y la inserción en el mercado laboral. Ambos serán tratados a continuación. Con respecto a las condiciones materiales de existencia, la mayoría de los trabajos emplean medidas de pobreza; en este caso, por la complejidad de medición para

México⁵ de la pobreza por el método de la Línea de Pobreza, se ha usado el concepto de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), por el cual se establece un conjunto de necesidades básicas universales que, de no ser satisfechas, indican la presencia de vulnerabilidad. Por otra parte, la vivienda es un aspecto esencial de la vida de las personas y familias, por lo que su tenencia es también un buen indicador de la disponibilidad de activos materiales. En lo que a la situación de trabajo concierne, los cambios recientes en el mercado laboral, producto de modificaciones en las formas de producción de la economía globalizada (nuevos procesos productivos, cambios tecnológicos o desregulación laboral), han generado nuevas demandas de mano de obra basadas en valores como la flexibilidad o adaptabilidad, que entran en contradicción con la estructura vigente y aumentan la vulnerabilidad de la población activa. Esto último puede pasar tanto por la exclusión en el acceso al mercado laboral como por el riesgo social derivado de las condiciones de trabajo. En cuanto a las mismas, se debe considerar la calidad del empleo, caracterizado por la prevalencia de altas tasas de temporalidad y precariedad.

Las condiciones habitacionales eran marcadamente más precarias en México que en Argentina en tiempos de las últimas crisis, prácticamente duplicando la proporción de hogares mexicanos en viviendas inadecuadas⁶ en cada clase social. Resulta sorprendente que en Argentina, entre 1998 y 2003 disminuyó la proporción de hogares de todas las clases en malas condiciones habitacionales, salvo en la clase media (las proporciones son significativamente distintas entre ambos años, con excepción de la clase media). En México también se da un fenómeno extraño, dado que la clase que más empeora sus condiciones de habitación es la alta, mientras que tanto en la obrera como en la media, la proporción de hogares en malas condiciones se mantiene relativamente estable. La clase media no vio cambiar en ninguno de los dos países sus condiciones de acceso a la vivienda (la proporción de hogares propietarios no cambió), mientras que la clase alta es la que recibió el mayor impacto, reduciéndose la participación de hogares propietarios cerca de diez puntos porcentuales en Argentina y de siete en México⁷, y acercándose al guarismo de la clase media.

Cuadro 5: Perfil económico por clases sociales

Perfil económico	Argentina						México					
	Clase alta		Clase media		Clase obrera		Clase alta		Clase media		Clase obrera	
	1998	2003	1998	2003	1998	2003	1994	1996	1994	1996	1994	1996
Vivienda inadecuada												
% de hogares	6.5%	0.6%	19.8%	17.7%	45.8%	38.5%	12.9%	19.6%	38.3%	38.1%	67.4%	67.6%
Propiedad de la vivienda												
Vivienda y terreno	87.6%	77.9%	71.2%	71.7%	61.9%	60.8%	79.0%	68.8%	63.8%	63.3%	52.9%	54.8%
Solo vivienda	0.5%	0.4%	3.9%	3.7%	8.5%	7.7%	2.3%	5.8%	6.0%	7.2%	22.9%	22.6%
Total	88.1%	78.3%	75.1%	75.4%	70.4%	68.5%	81.3%	74.6%	69.8%	70.5%	75.8%	77.4%

⁵ En México, existen tres líneas de pobreza, que definen tres tipos distintos: pobreza alimentaria, de capacidades y de patrimonio.

⁶ Como definición de vivienda inadecuada, se tomó a aquella que no sea casa o departamento o que está construida con materiales deficientes, o que no tiene instalación de agua, electricidad o baño, o éste es de letrina o desagota sólo a pozo ciego,.

⁷ Aunque la diferencia en la proporción de hogares propietarios y en viviendas en condiciones inadecuadas en México en la clase alta no es significativamente distinta de cero, esto puede ocurrir por el reducido tamaño de la muestra en dicha clase (235 hogares en 1994 y 255 en 1996).

NBI												
Hacinamiento	0.1%	0.8%	3.4%	3.9%	7.0%	7.5%	0.7%	1.4%	11.7%	10.9%	24.0%	24.5%
Vivienda	0.0%	0.0%	1.6%	1.2%	4.1%	3.4%	0.0%	0.0%	0.0%	0.0%	0.2%	0.2%
Instalaciones sanitarias	0.1%	0.0%	2.5%	1.6%	6.9%	4.0%	1.0%	1.2%	12.6%	5.6%	25.6%	17.2%
Escolaridad	0.0%	0.0%	0.2%	0.1%	0.3%	0.3%	0.2%	0.0%	1.2%	0.8%	4.3%	3.6%
Capacidad de subsistencia	0.1%	0.0%	0.3%	0.3%	1.6%	1.4%	0.8%	0.6%	3.8%	3.2%	21.2%	16.9%
NBI	0.3%	0.8%	6.9%	6.1%	15.8%	13.6%	1.7%	2.2%	22.6%	16.5%	50.0%	42.6%
Mercado laboral												
Tasa de actividad	52.4%	51.1%	48.1%	48.9%	47.6%	47.5%	41.2%	44.4%	39.6%	41.3%	40.4%	42.0%
Tasa de empleo	46.5%	43.1%	43.6%	43.4%	40.2%	38.7%	40.7%	43.8%	38.7%	40.2%	39.4%	40.7%
Tasa de desempleo	11.2%	15.8%	9.3%	11.4%	15.5%	18.5%	1.3%	1.4%	2.2%	2.6%	2.5%	3.1%
Tasa de subocupacion	6.6%	3.7%	10.3%	15.8%	16.9%	21.6%	22.2%	32.7%	20.4%	20.6%	27.3%	27.6%
Tasa de ocupados que no trabajaron							1.5%	0.1%	0.5%	0.5%	0.5%	0.5%
Tasa de dificultades laborales	17.9%	19.5%	19.6%	27.1%	32.4%	40.1%	25.0%	34.1%	23.1%	23.8%	30.3%	31.2%
Tasa de Temporalidad	11.0%	15.4%	15.3%	18.3%	30.5%	29.9%	15.2%	13.4%	35.8%	32.4%	35.5%	36.8%

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las EPH y las ENIGH.

Un indicador compuesto de la existencia de privaciones, habitualmente empleado en los estudios de desigualdad y calidad de vida, consiste en el de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), por el cual se establece un conjunto de necesidades universales que, de no ser satisfechas, indican la presencia de vulnerabilidad. Aunque debe considerarse la situación particular de cada país a fin de definir el conjunto de carencias que representan Necesidades Básicas Insatisfechas, y habiendo revisado la propuesta de Rodríguez Ramírez (2005) para Nuevo León, se decidió emplear los mismos indicadores en ambos países para permitir la comparabilidad⁸. Siguiendo entonces la metodología empleada por INDEC, un hogar es catalogado como NBI si presenta al menos uno de los siguientes indicadores de privación: (1) hacinamiento (más de tres personas por habitación), (2) vivienda inconveniente (pieza de inquilinato, pieza de hotel o pensión, casilla no construida para habitación o vivienda móvil en Argentina, y cuarto de azotea, local usado como vivienda, vivienda móvil o refugio en México), (3) malas condiciones sanitarias (sin retrete), (4) falta de escolarización (al menos un niño en edad de asistir a la escuela primaria que no lo hace), y (5) falta de capacidad de subsistencia (cuatro o más personas por miembro ocupado y jefe sin tercer grado completo de la primaria en Argentina, y sin instrucción en México). Esta medición, que arroja valores no significativamente distintos de cero en la clase alta tanto argentina como mexicana, muestra que la incidencia de los hogares con NBI se mantiene en el periodo de crisis (a excepción de escolaridad e instalaciones sanitarias en Argentina y escolaridad y capacidad de subsistencia en México). En ambos países la clase media se ve más afectada por el hacinamiento y las instalaciones sanitarias, y no tanto por las malas condiciones de vivienda (como se observa en la clase obrera argentina) y la capacidad de subsistencia (especialmente importante en los sectores obreros mexicanos). Como puede observarse, el concepto de NBI no muestra el proceso de empobrecimiento observado. Esto es así dado la característica del mismo de medir la pobreza estructural, que es una condición de más largo plazo. Para el caso de Argentina, empleando el método de la Línea de Pobreza, se observa un significativo aumento de la misma durante la crisis de 2001, especialmente en la clase media (Galassi, 2010b), dando idea de la formación de “nuevos pobres”.

⁸ Los resultados bajo la propuesta de Rodríguez Ramírez resultan incomparables con aquéllos bajo la metodología del INDEC.

Los indicadores del mercado laboral muestran magras variaciones en la tasa de actividad y empleo. Destaca en Argentina la similitud de los guarismos de la clase media con la alta y la caída en la tasa de empleo de la clase obrera. En el caso de México, ni la tasa de actividad ni la de empleo varían significativamente entre clases sociales, y la última aumenta en la clase obrera en el periodo bajo análisis, al contrario de lo observado para Argentina. Respecto a la tasa de desempleo, existe una tendencia alcista entre los dos años analizados en cada país. En Argentina, el desempleo aumentó significativamente en la clase media y obrera, mientras que en México el incremento es significativo sólo en la clase obrera. Sin embargo, al considerar la proporción de población que padece dificultades de inserción laboral (desempleados, subocupados y, en el caso de México, aquéllos que no trabajaron en el mes de referencia sin considerarse desempleados), en Argentina destaca que la crisis, más que en el acceso al empleo, impactó en su calidad (especialmente en las clases media y obrera), mientras que en México, el mayor efecto fue absorbido por la clase alta (la proporción de la población en dificultades aumentó cerca de 10 puntos porcentuales). Pero debe tenerse en cuenta que México presenta mayores indicadores de empleo precario (subocupación) que Argentina, donde es superior el desempleo. Otro indicador de la calidad del empleo es la temporalidad, que la EPH capta en Argentina distinguiendo los puestos de trabajo temporarios, changas o inestables (de duración desconocida), y cuya proporción se mantuvo en la clase alta y la obrera mientras que se incrementó en la media. Un indicador afín en México corresponde a la proporción de contratos con tiempo u obra determinada, o a los puestos sin contratos. Dicho guarismo incluso disminuyó en el periodo de crisis, significativamente para la clase media. Puede verse un impacto del shock económico mucho menor sobre el mercado laboral mexicano que sobre el argentino, el cual, además, fue impactado en términos de la calidad del empleo más que de su cantidad.

Perfil cultural

Finalmente, respecto al perfil cultural, sólo pudo revisarse el nivel educativo de la población por clases sociales, debido a la restricción que presentan las fuentes de datos. La educación, como medio de adquisición de capital humano, es uno de los mecanismos más importantes de movilidad social. Para analizar el perfil educativo de la población, fueron homogeneizados ambos sistemas educativos, considerando la primaria equivalente en ambos, y la secundaria, en el caso de México, estaría incluyendo tanto a dicho nivel como al bachillerato o preparatoria. La educación terciaria, en México, corresponde a la educación técnica o comercial con preparatoria como requisito previo.

El perfil educativo de la población mayor de 14 años no cambió en los años en torno a la crisis en ninguno de los dos países. Destaca el menor nivel educativo en general de la población mexicana. En la clase alta argentina, aproximadamente la mitad de la clase alta ha tenido acceso a estudios universitarios, una proporción similar de la clase media tiene al menos secundario completo, e incompleto en el caso de la clase obrera. En México, entre 35% y 40% de la clase alta no ha llegado a completar el secundario (aunque más de un cuarto de la misma ha terminado la universidad, proporción levemente inferior a la de Argentina), similar proporción de los estratos intermedios a lo sumo ha logrado completar el primario, y cerca del 40% de la clase obrera ni siquiera ha llegado a terminar este nivel.

Además, si se considera a la secundaria completa como el punto de corte entre un nivel educativo alto y uno bajo, se observa que en todas las clases el guarismo para Argentina es más de 10

puntos porcentuales superior al de México. A esto se adiciona el hecho de que en Argentina la proporción de población que tiene al menos un nivel de educación secundario ha aumentado entre 1998 y 2003, mientras que en México, el cambio en la proporción entre los años bajo análisis no es significativo. También es relevante que en ambos países el perfil educativo es significativamente diferente entre las distintas clases sociales, estando la clase media en ambos en mejor posición que la clase obrera, pero aún muy distante de la clase alta.

Cuadro 6: Perfil cultural por clases sociales

<i>Perfil cultural</i>	Argentina						México					
	Clase alta		Clase media		Clase obrera		Clase alta		Clase media		Clase obrera	
	1998	2003	1998	2003	1998	2003	1994	1996	1994	1996	1994	1996
Nivel educativo												
No asistió	0.2%	0.1%	0.4%	0.6%	1.3%	0.9%	7.4%	8.1%	6.8%	4.7%	17.9%	14.1%
Primaria incompleta	2.0%	1.5%	5.6%	4.3%	13.9%	10.1%	1.6%	2.5%	12.3%	11.7%	24.7%	25.0%
Primaria completa	7.7%	4.6%	17.6%	15.2%	31.0%	28.1%	8.5%	6.0%	17.0%	17.5%	21.7%	22.2%
Secundaria incompleta	17.2%	13.1%	25.0%	21.8%	29.6%	28.7%	18.9%	18.0%	29.5%	30.7%	24.1%	26.3%
Secundaria completa	17.0%	20.3%	15.7%	18.3%	12.3%	17.0%	20.9%	18.5%	16.0%	16.2%	7.9%	8.0%
Terciaria incompleta	0.8%	3.8%	2.9%	3.9%	1.7%	2.5%	0.5%	0.1%	0.0%	0.1%	0.1%	0.1%
Terciaria completa	6.0%	4.4%	5.6%	6.9%	1.9%	2.8%	1.6%	1.6%	0.9%	0.9%	0.2%	0.3%
Universitario incompleto	19.7%	23.4%	15.2%	15.6%	7.0%	8.5%	14.4%	18.1%	7.4%	8.1%	2.4%	2.6%
Universitario completo	29.4%	28.8%	12.1%	13.5%	1.2%	1.4%	26.2%	27.0%	10.0%	10.1%	1.0%	1.4%
<i>Secundaria completa o +</i>	72.9%	80.7%	51.5%	58.1%	24.2%	32.1%	63.6%	65.4%	34.4%	35.3%	11.6%	12.3%

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las EPH y las ENIGH.

Reflexiones Finales

En este trabajo se ha revisado la estructura social tanto en Argentina como en México antes y después de las últimas crisis de cada uno, intentando identificar los elementos que pueden dar indicios sobre las causas de los impactos diferenciales de los shocks en los distintos grupos sociales, con especial énfasis en la clase media.

La estructura etaria intrínseca a la clase media (más envejecida que la obrera y con mayor fecundidad que la clase alta) le confiere vulnerabilidad al observarse una mayor proporción de población dependiente que en el caso de la clase alta. A esto se adiciona que existen faltantes de población en edad activa en las pirámides de la clase media, presumiblemente por migración de jóvenes (especialmente en el caso de las mujeres en México). Este patrón de vulnerabilidad se combina con los efectos de la segunda transición demográfica, que producen un cambio de composición de los hogares, proliferando hogares monoparentales en la clase media, y también en la alta mexicana; en la clase obrera argentina se produce una disminución de hogares extendidos, también en línea con esta fragmentación, e incrementándose la proporción de hogares liderados por mujeres en todas las clases. La clase media mexicana se caracteriza por una mayor fortaleza del vínculo conyugal respecto a las otras clases, a diferencia de lo que ocurre en Argentina, donde además la clase media se ha acercado a la obrera en términos del porcentaje de individuos en pareja. Con respecto a la fecundidad, la clase media en ambos países detenta valores similares a la obrera, aunque en Argentina se reduce la fecundidad en todos los grupos, mientras que en México aumenta en los sectores medios, constituyéndose esto en un factor de riesgo en tiempos de crisis.

En lo que concierne a las características económicas de la estructura social, en Argentina mejoraron las condiciones habitacionales tanto la clase alta como en la obrera, no así en la media. En México empeoraron tanto las condiciones habitacionales como de acceso a la propiedad de la vivienda de la clase alta y se mantuvieron para la media y la obrera. Por otra parte, la clase media estaba particularmente afectada por condiciones de hacinamiento y sanitarias, a diferencia de la obrera (capacidad de subsistencia). En México, en cambio, la capacidad de subsistencia de la clase media también presenta un alto indicador de insatisfacción. Sin embargo, las NBI no dan cuenta del proceso de empobrecimiento observado en la sociedad en general, mientras que investigaciones previas que emplean la Línea de Pobreza para Argentina han mostrado un significativo incremento de la población pobre, especialmente en la clase media. En el mercado laboral, el impacto fue mayor en Argentina que en México, agudizándose en el primer país problemas en la calidad del empleo (más que en su acceso). Pero esto debe combinarse con el hecho de que los indicadores de calidad del empleo de México muestran una situación considerablemente más precaria en el país azteca. Además, el impacto de la crisis vía el mercado laboral ha sido mayor sobre la clase media y la obrera en Argentina (aumento del desempleo pero, principalmente, de la precariedad del empleo), mientras que en México los indicadores laborales sólo se vieron afectados en la clase obrera (incremento del desempleo).

Finalmente, la clase media perdió en Argentina en términos relativos, debido a que todas las clases mejoraron su perfil educativo más que los sectores medios (aumento de la proporción de población con al menos el secundario completo). Sin embargo, en México no se evidenciaron prácticamente mejoras.

En suma, puede concluirse que los canales por los que el shock puede impactar sobre la estructura social son diversos, generando consecuencias diferentes en términos de las posibilidades a futuro, dependiendo de cuáles sean los activos afectados y su fortaleza o debilidad relativa previo al evento adverso. Por ejemplo, en México, con condiciones laborales y educativas más precarias que en Argentina (en cuanto a calidad del empleo y acceso de la población a la educación formal), el mayor impacto se dio en las condiciones habitacionales (principalmente, de los sectores más adinerados), que al ser activos físicos, tienen más posibilidades de recuperación. Sin embargo, en Argentina, que tradicionalmente había denotado una movilidad social ascendente motorizada por el empleo y la educación, los mayores embates fueron provocados en estos ámbitos, poniéndose en duda la capacidad de recuperación de la sociedad. Sin embargo, sí puede verse que la educación en México, tanto en su nivel como en su evolución en el periodo analizado, presenta un cuello de botella en términos de la recuperación a futuro de la clase media.

Frente a este panorama, es esencial notar que para dar respuesta a la problemática de la pobreza en la región, es necesario también prestar atención a la su incidencia en la clase media, cuyo rol es fundamental para evitar la polarización social. Debe detenerse el proceso de empobrecimiento de dicha clase, y dotarla de herramientas que propicien su subsistencia. Así, es particularmente importante generar formas de favorecer el empleo de calidad, particularmente en las regiones deprimidas, ya que éste es uno de los principales medios de distinción de la clase media. También debe promoverse a las pequeñas y medianas empresas (con políticas de créditos blandos, tratamiento impositivo diferencial), una de las fuentes principales de empleo de la clase media. Finalmente, debe propiciarse un mayor acceso a la educación, pero atendiendo también a su calidad y su pertinencia para ingresar al mercado laboral.

Referencias Bibliográficas

- ARRIAGADA, Irma (2005): “Dimensiones de la pobreza y políticas desde una perspectiva de género”, Revista de la CEPAL, Santiago, N° 85 (pág. 101-113), Chile.
- CAMBEROS, Mario (2009): “Neoliberalismo, globalización y empobrecimiento de la clase media sonorense”, *Revista Universidad de Sonora*, 24, 38-41, <http://www.revistauniversidad.uson.mx/revistas/24-6revi24.pdf>.
- CASA (2001): “Ajuste y empobrecimiento: veinte años de crisis en México”, *Resumen Ejecutivo* del Documento elaborado por el Comité Coordinador de CASA México, integrante de la Red SAPRIN, en base a los reportes de I. Morales, S. Cruickshank, R. Aguirre Reveles, M. López, M. Pérez Rocha Loyo, M. Oviedo, C. Cortez Ruiz, M. Unda, J-I Chaboux-Leroux, M. Verduzco y N. Torres.
- CEPAL (2002): “Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas. Síntesis y conclusiones”, CEPAL, Santiago de Chile, Chile.
- DIDOU AUPETIT, Sylvie (2008): “Presentación. Movilidades académicas y profesionales en América Latina: entre la ignorancia y la polémica”. *Revista educación superior* [online], Vol.37, n.148, pp. 71-85. ISSN 0185-2760.
- GALASSI, Gabriela (2010a): “Hacia la matriz vulnerabilidad – clases sociales: Enfoques de Rubén Kztman y Susana Torrado”, en *Lecturas sobre Vulnerabilidad y Desigualdad Social*, compilado por Leandro González (pp. 31-67), Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba – CONICET, Editorial Copiar, Córdoba.
- GALASSI, Gabriela (2010b): “Clase media y nuevos pobres en Argentina con la crisis de 2001: Estudio exploratorio a partir de Censos de Población y Encuestas de Hogares”, *Tesis para aspirar al grado de Magíster en Demografía*, defendida el 22 de junio de 2010.
- GILBERT, Dennis (2005): “La clase media mexicana y la crisis económica de mediados de los años noventa”, *Revista Estudios Sociológicos* N° 68, pp. 465-483.
- GONZÁLEZ BOMBAL, María Inés; SVAMPA, Maristella (2001): “Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo”, *Serie Documentos de Trabajo* N° 3, SIEMPRO, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, Leandro (2010): “Orientaciones de lectura sobre vulnerabilidad social”, en *Lecturas sobre Vulnerabilidad y Desigualdad Social*, compilado por Leandro González (pp. 13-29), Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba – CONICET, Editorial Copiar, Córdoba.
- HOFFMAN, Kelly; CENTENO, Miguel Ángel (2003): “The lopsided continent: Inequality in Latin America”, *Annual Review of Sociology* 29 (2003), pp 363-390.
- KAZTMAN, Rubén (coord.) (1999): “Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay”, CEPAL, Montevideo.
- KAZTMAN, Rubén (2000): “Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social”, artículo presentado en el 5º taller de MECOVI: La medición de la pobreza: métodos y aplicaciones, México, D. F..
- KAZTMAN, Rubén y FILGUEIRA, Fernando (2006): “Las normas como bien público y como bien privado: reflexiones en las fronteras del enfoque AVEO”, *Serie de Documento de Trabajo del IPES*, Colección de Aportes Conceptuales N° 4, Programa IPES, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Católica del Uruguay.
- KESSLER, Gabriel (2002): “Empobrecimiento y fragmentación de la clase media argentina”, *Proposiciones* N° 34.
- MARTÍNEZ VALLE, Adolfo (2009): “Social class, marginality and self-assessed health: a cross-sectional analysis of the health gradient in Mexico”, *International Journal of Equity in Health*.
- MINUJIN, Alberto; BECCARIA, Luis; BUSTELO, Eduardo; FEIJOÓ, María del Carmen; FELDMAN, Silvio; GRESHANIK, Alicia; GONZÁLEZ, Horacio; HALPERIN, Jorge; KAROL, Jorge; MURMIS, Miguel; TENTI FANFANI, Emilio (1992): *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Editorial Losada, Buenos Aires.

- MINUJIN, Alberto; ANGUIA, Eduardo (2004): *La clase media, seducida y abandonada*, Editorial Edhasa.
- MORA Y ARAUJO, Manuel (2002): “La estructura social de la Argentina: Evidencias y conjeturas acerca de la estratificación actual”, Serie Políticas Sociales N° 59, CEPAL, División de Desarrollo Social, Proyecto CEPAL/GTZ sobre “Desarrollo social y equidad en América Latina y el Caribe”, Santiago de Chile.
- MORENO CROSSLEY, Juan (2008): “El concepto de vulnerabilidad social en el debate en torno a la desigualdad: problemas, alcances y perspectivas”, Working Paper Series N° 9, Center for Latin American Studies, University of Miami, Miami.
- MOSER, Caroline y FELTON, Andrew (2007): “The Construction of an Asset Index Measuring Asset Accumulation in Ecuador”, Chronic Poverty Research Center, Working Paper N° 87.
- PIZARRO, Roberto (2001): “La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina”, Serie de Estudios Estadísticos y Prospectivos N° 6, CEPAL-ECLAC, División de Estadísticas y Proyecciones Económicas, Santiago de Chile.
- RODRÍGUEZ RAMÍREZ, Héctor (2005): “Propuesta metodológica para la medición de la pobreza en Nuevo León”, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México.
- RODRÍGUEZ VIGNOLI, Jorge (2000): “Vulnerabilidad demográfica: una faceta de las desventajas sociales”, Serie Población y Desarrollo N° 5, CELADE-FNUAP, Santiago de Chile.
- SÉMBLER R., Camilo (2006): “Estratificación social y clases sociales. Una revisión analítica de los sectores medios”, Serie Políticas Sociales (CEPAL) N° 125, Santiago de Chile.
- TORRADO, Susana (1992): *Estructura social de la Argentina. 1945-1983*, Ediciones de la Flor, Argentina.
- TORRADO, Susana (2007): “Estrategias de desarrollo, estructura social y movilidad”, en *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX*, de Susana Torrado (compiladora), Tomo I (pp. 31-67). Editorial Edhasa. Buenos Aires.